

CAMPAMENTO DE CONEJO.

Naufragio del bergantín goleta español "El Pablito."—Auxilio que dan los republicanos á su tripulación.—Salvamento de la carga y dineros.—Desinterés y moralidad de la tropa.—Rasgo de honradez y patriotismo de un soldado del batallón Ortega.—Despedida de los náufragos.—El Cónsul General de España.

I

EN las primeras horas de la mañana del 5 de Febrero de 1863, cuando aún no se disipaban del todo las últimas sombras de la noche, un pequeño grupo de ginetes descendía, cauteloso y vigilante, las arenosas y poco elevadas colinas que sirven como de contrafuerte á la montaña que enhiesta, boscosa y arrogante, encauza por un lado las aguas del majestuoso Papaloápam, en tanto que por el otro ve con altanera indiferencia los furoros del mar, que apenas llega á besarle humildemente la falda en lo más terrible de su furia.

Aún se oía á lo lejos el ronco mugir de las olas, ya bastante sosegadas después de cerca de cuarenta y ocho horas de batallar encrespadas y rugientes llevando las algas marinas y la impura espuma á la playa de "los Chivos" y "los Fierros," embravecidas y azotadas por el huracán que se desatara durante la media noche de dos días antes, y apenas luchando con las gruesas nubes que todavía se corrían veloces de Sur á Norte, se adivinaba á intervalos, amarillento y sin calor, un sol de invierno que presagiaba, sin embargo, alzarse potente

y radiante sobre el zenit, para devolver á los hombres y á las plantas la energía que habían perdido agobiados por los embates de Aquilón.

El pequeño grupo llegó hasta la planicie que precede á la playa; y después de un corto examen que sobre el arenoso piso practicó el que parecía ser jefe, dijo, volviéndose al que tenía á su derecha:

—¡Nada, Comandante! Mucho me temo que el parte rendido por nuestras avanzadas no sea sino *un error de vista* del último centinela. Ni una huella, ni nada que se le parezca, —agregó después de un segundo examen.

—No sería extraño, sin embargo, —contestó el titulado Comandante— que el terrible norte que nos ha fastidiado en el Campamento haya arrojado á esta costa, de suyo peligrosa, algún buque de guerra ó mercante, que no habiendo podido correr el temporal lo hayan arrebatado las corrientes.

—Avancemos pues, —prosiguió el primero— para cumplir las órdenes del Coronel.

Como se habrá comprendido, aquel grupo era de soldados y oficiales que hacían un servicio extraordinario.

Continuó avanzando á lo largo de la costa, si bien en otro orden: seis hombres se pusieron á la descubierta, cubriendo desde la orilla del mar hasta la falda de la montaña: dos que portaban insignias de oficiales subalternos ganaron la altura, y los dos que habían emitido su opinión permanecieron á retaguardia: los dragones llevaban la carabina en guardia, y los oficiales practicaban el reconocimiento pistola en mano. Sólo los que parecían jefes se pasaban alternativamente un excelente antejo de campaña con el que á cada paso procuraban interrogar al horizonte.

Diremos que este grupo había bajado de "Conejo" y que procedía á un reconocimiento en virtud del parte que habían rendido las avanzadas á la hora del relevo, participando que había un buque sospechoso á la vista, á lo lejos sobre la costa.

El aviso no era de despreciarse, puesto que Alvarado estaba

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII

ocupado por los franceses y que en sus aguas permanecían de estación "La Tempette" y "La Foudre," y además un bote-correo. Nada tenía de particular que hubieran intentado explorar el nuevo campamento de los republicanos, y menos aún que el huracán los hubiera sorprendido durante su operación; y en todo caso era un deber salvar á los que sobrevivieran al siniestro, y un derecho indiscutible, dadas las circunstancias, aprovecharse de los elementos de guerra que pudieran recogerse.

Diez minutos después de proseguida la marcha todos pudieron notar unas huellas de calzado claveteado, perfectamente impresas en la fina y húmeda arena: huellas que por su posición indicaban la marcha retrospectiva de varios hombres que hubieran hecho una expedición hasta las inmediaciones de la planicie que precedía á la subida al campamento. El oficial de mayor edad que había permanecido á retaguardia, y que fué interpelado por su compañero, hizo alto, desmontó tranquilamente, y después de un atento examen:

—Son marineros ó gente de mar,—dijo con acento de entera convicción—los que han pasado por aquí; y esta línea que se nota á la izquierda, lo mismo puede haber sido rayada con una vara delgada que con la contera de una espada.

—Pues adelante y pasemos al frente, Comandante,—agregó el de menos edad.

Y diciendo y haciendo, tomaron su nuevo puesto al que ingresaron los dos subalternos, después de cerciorarse de que ningún peligro existía en la montaña.

II

—¡Buque á la vista, sobre la costa!—exclamó repentinamente el Comandante Zamudio, después de haber consultado el horizonte por vigésima vez con el anteojo.—Aún no es visible para todos, pero dentro de breves minutos podremos verlo sin necesidad de los gemelos.

—¡Al trote largo!—ordenó el Capitán, quien en realidad, y por desempeñar las funciones de Ayudante de Estado Mayor, era el Jefe de la expedición.—¡Zamora, Llanos!—continuó, designando á los dos subalternos,—¡á escape hasta descubrir bien el buque, y regrese uno para dar aviso de lo que haya!

Los interpelados sacaron sus caballos al galope, y bien pronto se perdieron de vista entre las sinuosidades del terreno que escogieron para mejor cumplir su comisión.

En efecto, veinte minutos después todos los expedicionarios pudieron ver clara y distintamente un buque, al parecer anclado á tres millas de distancia, demasiado próximo á la playa. A medida que avanzaban pudieron distinguir que no se veía una vela siquiera en sus palos y jarcias: que no se notaba el más ligero balanceo sobre sus costados, permaneciendo inmóvil, destrozado el cordaje que flotaba al impulso que le imprimía el *terral* que se levantaba, y que su aspecto era lúgubre y siniestro. Creeríasele abandonado.

—No es de guerra:—aseguró el Comandante, quien efectivamente era un marino muy práctico y experimentado—es mercante; y aunque la arboladura, muy tendida á popa, acusa construcción americana, ó mucho me engaño ó es de la matrícula española. Ya lo veremos,—agregó por vía de apéndice á la ligera apreciación que había hecho.

El Teniente Llanos regresaba á toda brida, y cuando calculó que podía ser oído gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Son náufragos, y se han puesto de rodillas al vernos!

El Comandante, para probar que era legítimo marino, lanzó una interjección azás enérgica, pero que por más que expresara una idea completa, nos abstenemos del gusto de estamparla aquí: las palabras del Teniente Llanos la habían provocado, en un momento de justa indignación.

—¡Eso, eso es lo que debemos á los traidores que nos han vendido, trayéndonos la Intervención!—murmuró con desa-

C. ALFONSO
 VILLALBA
 BIBLIOTECA
 UNIVERSITARIA
 DE
 MADRID

brido acento, y gesto del más soberano desprecio. Esos desgraciados, al ver á nuestros oficiales han recordado sin duda la creencia que generalmente hay en el extranjero, de que el ejército republicano se compone de foragidos.....

Y la interjección de marras volvió á brotar de sus convulsos labios, pura y brillante, y hasta armoniosa.

—¡Pie á tierra, muchachos, y la carabina á la bandolera!

Y dando el primero el ejemplo, el Capitán que había dado esta orden, puso su revólver en el carcax, y saltó ligeramente de su cabalgadura, tomándola en seguida de la brida. Los demás lo imitaron, y todos siguieron al Teniente Llanos, que los guiaba al lugar del siniestro.

A media hora de distancia pudieron presenciar un espectáculo triste y conmovedor en la forma, pero insultante en el fondo.

Diez hombres, puestos de hinojos sobre la húmeda y fría arena, con los brazos abiertos como demandando misericordia, no osaban hablar siquiera; pero la palidez de sus demacrados rostros y el extravío que se notaba en sus miradas, demostraban claramente que aquellos infelices estaban poseídos por el terror y el espanto.

El Capitán y el Comandante se acercaron á ellos, abandonando sus cabalgaduras, los levantaron y estrecharon entre sus brazos para infundirles confianza, dirigiendo á todos palabras afectuosas; y aquellos desgraciados, cobrando ánimo, derramaron lágrimas de agradecimiento, pudiendo apenas, uno de ellos, murmurar estas terribles palabras con voz desfallecida:

—¡Somos españoles que hemos naufragado en esta costa, y hace dos días que apenas nos alimentamos con los mariscos que arroja la marea! ¡Tenemos hambre!

—¡Capitán Zamora!—rugió el Comandante, lanzando otra interjección, neta de la matrícula española, al escuchar las palabras del náufrago:—¡Pronto! ¡Dos hombres que *tiren* unas res de las cimarronas que hay en la montaña!

El Capitán Zamora se puso de un salto sobre su caballo, perdiéndose en seguida entre aquella arboleda virgen: una detonación de arma de fuego indicó casi al momento que pronto aquellos desdichados saciarían el hambre que los devoraba.

Cuando el Jefe de la expedición iba á interrogar al que parecía Capitán del buque, se presentó el Coronel Comandante de la línea militar de Sotavento, acompañado de cien infantes y cuarenta caballos, quien había salido del campamento y seguido á distancia á la sección exploradora. Informósele de lo que acontecía, y luego se bajó de su caballo, restableciendo la confianza con sus palabras benévolas y cariñosas, entre aquellos hombres que media hora antes creían llegado el fin de sus días.

La fuerza formó en batalla, dispuesta á la primera orden para prestar sus servicios de salvamento; y mientras el Comandante Zamudio dictaba sus medidas para abordar el buque encallado, el más joven de los náufragos comenzó la siguiente relación.

III

—“Somos españoles, de la marina mercante: mi nombre es Pablo Pig, y ese buque allí encallado y casi destruído, lleva mi propio nombre.¹ Debido á la bondad de mis armadores, y como una de las muchas pruebas de cariño con que me han distinguido, desde que se puso la quilla en el astillero fué bautizado con el nombre de “El Pablito.” Fuerte, velero, con magníficas condiciones marineras, parecía dispuesto á afrontar y resistir las más terribles tormentas del mar, y en el primer viaje, llevado á feliz término desde San Sebastián á la Habana, y desde aquí hasta Frontera, en el mar, era una exhalación; en el río, las aves marítimas hacían más ruido

¹ El transcurso de los años habrá hecho que olvide algunos detalles; pero en esencia este relato puede considerarse como textual.

BIBLIOTECA
 UNIVERSITARIA
 DE LA HABANA

sobre sus aguas que la quilla del "Pablito," deslizándose arrogante, pero tranquilo, sin alterarlas apenas."

Hizó alto el joven marino, porque su voz parecía ahogarse en la garganta al evocar tales recuerdos. Luego continuó:

—“Ni las costas cantábricas, con todos sus peligros, ni el Golfo de México con todas sus asechanzas, me infundieron jamás el más leve temor; y á mi regreso á la madre patria todos fueron plácemes y felicitaciones; todo contento y alegría. En el puerto, los armadores me estrecharon entre sus brazos; en el hogar paterno, las caricias y las lágrimas de mis padres, á través de las cuales se adivinaba una mirada de orgullo, fueron mi mejor recompensa.”

—“Permítame vd., señor Coronel,—se interrumpió el joven—que me haya divagado del asunto principal; pero en estos momentos en que miles de leguas me separan de España, y que me encuentro desgraciado, abatido y rodeado de compañeros de infortunio también, ayer mis subordinados, hoy mis amigos, pero entre gente de mi propia raza que, como nosotros, habla el mismo idioma, y que como nosotros también, tienen un corazón noble y generoso que comprende y consuela la desgracia, me explaye y dé vuelo á los tiernos recuerdos que afluyen á mi memoria, y me enorgullezca en medio de mi desgracia, al expresar que no tengo palabras para patentizar mi gratitud á hombres vilmente calumniados en España y en Europa toda.”

Después de este arranque de espontáneo agradecimiento que todos sus compañeros acogieron con muestras de respeto y atención, prosiguió con voz más tranquila:

—“En tanto que mis armadores se ocupaban de preparar una segunda expedición directa á puertos mexicanos, conduje al altar á la que había jurado amor eterno y nuestra próxima unión, si los furioses del Océano me permitían volver para realizar tan grato deseo. Me casé, pero mi luna de miel vino á quedar eclipsada por el cumplimiento del deber. A los quin-

ce días abandoné padres y esposa, hogar y ciudad natal: y dos días después, á impulsos de una suave brisa, con todo el velamen desplegado, la gente sobre cubierta, el cuarto del timón en su puesto, y el piloto y yo sobre la mura, mientras él vigilaba la maniobra y yo hacía mi última despedida á aquellos seres queridos, que agitaban sus pañuelos sobre el muelle, el "Pablito" salía del puerto por entre las numerosas embarcaciones que en él estaban, arrogante y majestuoso, dejando tras de sí luminosa estela, de la que parecían brotar miriadas de brillantes, cuando el sol hería la blanca espuma que la bordaba. Luego, aquel panorama se fué desvaneciendo, hasta que el "Pablito" lo perdió de vista completamente, quedando solo, como un punto perdido en la inmensidad del espacio, entregado á los hombres y á Dios. Cielo y agua: hé aquí lo que los tripulantes podían contemplar: el éter y el abismo.”

—“Viaje feliz, señor Coronel,—prosiguió el náufrago, después de haberse exhalado de su pecho un doloroso suspiro;—el buque, durante esa larga travesía, dió nuevas pruebas de sus excelentes cualidades marineras, y después de haber tocado en las Antillas, hice rumbo á Tabasco, á donde llegué tan contento como puede estarlo un marino que apenas hacía dos meses se había casado. De Frontera debía regresar por el mismo derrotero: los consignatarios cargaron el buque con palo de tinte, añil, cueros de res al pelo y otras mercancías y productos indígenas, más sesenta mil pesos fuertes en plata y dos mil en onzas de oro, pertenecientes á este infeliz pasajero,—y señaló á un hombre que yacía sentado sobre un pequeño risco, y al lado del cual había otro que le servía de criado—un ciego que pasaba á la Habana para hacerse la operación en la vista. Salimos, pero Dios y el huracán dispusieron las cosas de otra manera: veinticuatro horas después ya en alta mar, el barómetro comenzó á hacer indicaciones bastante alarmantes: mi segundo participó de los temores que empecé á abrigar, y á fin de no ser sorprendidos por la borrasca que se anunciaba, tomamos todas las precauciones que

C. LA ALFONSO
 UNIVERSIDAD
 11

la ciencia náutica aconsejaba. La tormenta no se hizo esperar: un viento huracanado sobrevino poco después, engrosando las olas de una manera horrorosa: fuertes chubascos que se desplomaban sobre cubierta aumentaban con su contingente de agua límpida y transparente, la espumante y turbia que los golpes de mar nos embarcaban pasando de una á otra banda por sobre la obra muerta; y no habiendo podido ganar la sonda de Campeche, me ví obligado á hacer rumbo á Veracruz, impulsado por el mismo huracán, llegando con mil esfuerzos, sin timón, y con alguna avería de poca consideración en la jarcia y velamen, á Antón Lizardo. Al abrigo de aquella ensenada me repuse hasta donde fué posible, poniendo el timón de respeto; y cuando el viento hubo calmado, al impulso de un brisote de buen agüero, me lancé de nuevo al mar. El día se pasó bastante bien, y la tendencia del barómetro á subir, nos hizo concebir la esperanza, bien fundada, de que si repetía el huracán estaríamos bastante lejos y en buenas condiciones para correr el temporal. No fué así: al obscurecer negros nubarrones que corrían del N. O al S. O., con una velocidad espantosa, nos pusieron en guardia: á la media noche el huracán era deshecho; el bergantín no obedecía bien porque era imposible contrarrestar el furor del oleaje: la caña del nuevo timón se había roto, y aunque la sustituí con un espeque, el resultado era deficiente. Al amanecer, espeque y timón habían desaparecido: hice cargar el poco trapo que llevaba en el trinquete, y desde ese momento corrimos á palo seco. "El Pablito," tan altivo y tan valiente, era una cáscara de nuez con la cual jugaba el enfurecido elemento; y la voz del contra maestre ¡agua en la bodega! acabó de hacer más angustiosa nuestra situación. Por fortuna la gente no se desmoralizó, y pude ordenar el servicio de las bombas sin distinción de categorías; y los que dejaban tan ruda faena para descansar, pasaban sobre cubierta para atender á la poca maniobra del buque. La tarea fué ruda, y el agua, aunque lentamente, subía: no era posible reconocer la

vía, pero debía ser grande: no piqué el mayor porque era tan inútil como peligroso, ni hice aligerar el buque arrojando al agua el cargamento, porque la clase de estiva no lo permitía, sin exponernos á que el buque se hiciera pedazos por los costados, tan luego como falto de aquella consistencia, la misma carga chocara contra la tablazón."

El silencio siguió á estas últimas palabras. La tripulación, rodeada del Capitán, estaba pendiente de sus labios, y con movimientos de cabeza confirmaba el relato. Luego continuó:

—Así pasamos el resto del día, entre la vida y la muerte: momento hubo en que, desesperando de toda salvación, tuvimos la idea de abandonarnos á nuestra infortunada suerte; estábamos desfallecidos por falta de alimentos, y rendidos de fatiga por la rudeza del trabajo, cuando llegó la noche, noche tenebrosa y horrible que no esperábamos ver concluir. Repentinamente, y en medio del ímpetu vertiginoso con que el "Pablito" corría, arrastrado por las corrientes, pues el viento había aminorado bastante, un golpe de mar, más violento que los anteriores, le dió un empuje vigoroso de costado á babor, haciéndolo casi zozobrar: sin embargo, resistió, y enderezándose violentamente prosiguió su marcha unos cuantos segundos más, que nos parecieron siglos, y al fin un violento choque, precedido y seguido de un crujido espantoso, nos hizo comprender que habíamos encallado: súbitamente una inmovilidad casi completa sucedió á aquella marcha impetuosa. La situación quedó resuelta: estábamos perdidos, y perdidos sin poder saber dónde nos encontrábamos.

Poco antes de amanecer el mar estaba bastante tranquilo, y con mil esfuerzos, con mil trabajos pudimos ganar la tierra: las dos canoas del buque se habían estrellado contra sus costados, y sólo por medio de un cable asegurado al cabrestante pudimos pasar uno á uno. Luego hicimos una exploración, y las primeras luces de la mañana nos dejaron ver esta playa bravia y desierta: tuvimos miedo, y retrocedimos, se-

ñor Coronel. Lo demás ya lo sabe vd., y sólo me resta agregar que después de haber hecho todo lo imaginablemente posible, procuré salvar el libro de bitácora, único que puede hacer fe para salvar mi reputación."

IV

Aquí terminó su relato el Capitán de "El Pablito."

Cuando concluyó todos pudimos notar que tanto él como sus compañeros tenían el rostro bañado en lágrimas, y retratada en él la más aflictiva consternación; y tan lastimoso cuadro se hubiera prolongado demasiado si en esos momentos no se hubiera presentado el Capitán Zamora anunciando que estaba *servido el almuerzo* (carne de res asada como Dios quiso), y dando vuelta por la popa no se hubiera visto aparecer una balsa, en la cual el Comandante Zamudio con cuatro hombres más que la daban dirección, conducía á tierra los primeros despojos del bergantín perdido.¹

Tal espectáculo pareció reanimar á aquella gente, y todos, precedidos del Coronel, se dirigieron al lugar del improvisado festín.

En efecto, en aquel sitio, en semejantes circunstancias y para gentes que, como los náufragos del "Pablito," hacía dos días que no se alimentaban en forma, aquello era un verdadero festín.

En tanto que el joven Capitán hacía su relato, que podía tomarse por una delaración, y en virtud de las órdenes que el Coronel había dado al Capitán Zamora, mientras el Comandante Zamudio dictaba las conducentes para proceder al

¹ Los primeros que se lanzaron al mar para ir á bordo, fueron el Comandante D. Juan B. Zamudio, los Capitanes D. Felipe Cano y D. Santiago Cházaro, el Teniente D. Juan Sánchez, el que esto escribe, y los soldados de caballería Juan Rosas, Manuel Flores y otros tres ó cuatro cuyos nombres no recuerdo, además de los bogas de las piraguas José y Amado Cuello, Victoriano, José María y Miguel Mendoza. En los viajes subsecuentes tomaron parte otros oficiales, entre ellos el Capitán D. José Miguel Zamora.

salvamento de lo que se encontraba á bordo, el festivo Capitán hacía preparar los alimentos ofrecidos, auxiliado por algunos soldados, y una hora después todos, náufragos y tropa, jefes y oficiales, participaban del improvisado refrigerio.

Terminado que fué, y construída una segunda balsa bajo la dirección de Zamudio, éste, los Capitanes Zamora, Cano, Cházaro y el que había hecho la exploración, y unos treinta hombres de la clase de tropa, todos buenos nadadores, se lanzaron al mar y abordaron el "Pablito," mientras el Teniente Llanos, reconducía al campamento de "Conejo" parte de la fuerza, á fin de proveer lo necesario para poder permanecer allí los días que se invirtieran en el salvamento, é instruir la información judicial encomendada al Lic. Osio, á quien se comunicó la orden de concurrir luego al lugar del siniestro.

A las tres de la tarde se suspendió el salvamento, y aquel lugar, de suyo agreste y desierto, presentaba ahora un aspecto bien distinto. Antes todo era soledad y tristeza; ahora todo movimiento y alegría. La tropa había formado sus armas en pabellones, custodiadas por una pequeña guardia de vigilancia, y al mando de sus oficiales tomaba parte afanosamente en los trabajos que allí se ejecutaban.

Los primeros viajes de las balsas condujeron á tierra cuanto pudo encontrarse á bordo, así del velamen y jarcias, como de herramientas, maderas y herraje; y cuando el sol marcaba el medio día, haciendo brillar las argentadas olas que lamían humildemente la orilla de la playa, dos sólidas y espaciosas tiendas de campaña resguardaban de sus rigores á los moradores del nuevo campamento. En una de ellas, los jefes y oficiales, con el pasajero y el Capitán y el Piloto del "Pablito," departían amigablemente, oyendo los primeros los más minuciosos detalles del terrible acontecimiento que referían los segundos; y en la otra, la tripulación y la tropa fraternizaban, escuchando los episodios que mutuamente se referían. Una tercera tienda, algo más retirada que las anteriores servía de despensa y cocina á la vez, provista ésta de algunos trastos

de hierro que se encontraron esparcidos aquí y allá en el encallado buque; y habilitada aquella con varias cajas medio averiadas, de licores y conservas que existían en la bodega. Las camas se improvisaron con tablones de la cubierta, y los coys y el resto de las velas fueron las almohadas. Centinelas de infantería apostados á distancia conveniente, y que se relevaban con arreglo á Ordenanza, formaban el recinto de aquel campo; y otros de caballería, situados á mayor distancia, establecieron un *cordon de seguridad*, que á la vez que facilitaba la comunicación con "Conejo," vigilaba la costa, ya para prevenir toda sorpresa que pudiera intentar el enemigo establecido en Alvarado, ya para evitar la invasión de los *ladrones de mar*, gentes que abrigán la creencia de que todo buque que se pierde es un don que el cielo les concede, para apropiarse cuanto en él existe, llegando á veces hasta el crimen.

El nuevo é improvisado campamento quedó, pues, constituido, y las primeras sombras de la noche fueron la señal para que cesara todo movimiento. Débiles luces artificiales alumbraban las tiendas de campaña, y á las nueve el silencio más profundo y la obscuridad más completa reinaban en él: todos estaban entregados al reposo, y sólo se oía, de tiempo en tiempo, el monótono "alerta" de los centinelas, que iba á morir en las últimas avanzadas, para seguir repercutiéndose sobre la montaña hasta confundirse con el de los que vigilaban en el campo de "Conejo," y el suave murmurio de las olas que se estrellaban débilmente en los rebordes de la playa.

Y á la rojiza luz de las fogatas esparcidas á derecha é izquierda para impedir los avances de los tigrillos y de otras fieras que en aquellos montes tienen sus guaridas, destacábase sombrío y lúgubre, negra, imponente, la silueta del bergantín español "El Pablito," causa accidental de aquella aglomeración de gentes que, veinticuatro horas antes, ni sospechaban siquiera que pudieran estar reunidas.

V

Tres días permanecieron allí el Coronel Lazcano con los jefes, oficiales y tropa necesarios, y en este tiempo la actividad que todos desplegaron para cumplir sus deberes, patentizó lo que era distintivo particular del referido Jefe, y mientras el Comandante Zamudio llevaba á feliz término, hasta donde fué posible, el salvamento de lo que había á bordo, el inteligente, probo y honrado Lic. Osio, instruía el proceso del naufragio, dadas las declaraciones, todas acordes, del Capitán Pig, del Piloto, tripulantes y pasajeros del "Pablito."¹

Al tercer día nada había ya que pudiera salvarse, ni valiera la pena de ponerse en peligro, tanto porque si algo quedaba debía estar sepultado entre las arenas del mar, que formaban un banco dentro del buque, como porque el mal olor que despedían algunos cueros de res que flotaban no lejos había atraído á los tiburones que, acercándose demasiado hacían muy peligrosa toda aproximación: además, cediendo á la presión de las aguas y al movimiento constante del flujo y reflujo que diariamente se operaba, y al choque continuo de las olas, el "Pablito" se había abierto por completo, no quedando de él más que la armadura sobre la línea de flotación, pues las maderas, cadenas, cordaje y cuanto podía ser útil al mejoramiento del campamento de "Conejo," se había llevado á tierra.

¹ Lo curioso que hay en este expediente es, que ya dispuesto el Aseor para comenzar sus tareas, lo mismo que el oficial que debía funcionar como Secretario, se notó que no había tinta para escribir. El Coronel ordenó que se fuera á traer al campamento de "Conejo," pero esto importaba la pérdida del resto del día. El Comandante Zamudio y otros alvaradeños manifestaron que en esos montes se producía una fruta cimarrona llamada *hicaco de Juana*, cuya fruta producía un líquido negro y fluido que usaban como tinta los indígenas de aquellos lugares: procuré buscarla, y á poco rato había abundancia de ella en el campamento. El mismo Zamudio horadó algunas, y con el líquido, que efectivamente era como una buena tinta, se escribieron los primeros dos ó tres pliegos del expediente.

Durante los tres días se había salvado casi en totalidad el añil, el cacao, los cueros de res al pelo y el palo de tinte, todo lo cual permanecía en la playa expuesto á los ardientes rayos del sol para su desecación; y en agujeros abiertos en la arena, bajo las tiendas de campaña, más de cincuenta mil pesos en plata y los dos mil en oro que la tropa había extraído de dentro del buque, buceándolos y conduciéndolos á granel, porque el mar había destruido los envases de *arpillera* en que fueron embarcados.

Ni un solo peso faltó del dinero que, á proporción que se recibía en tierra, y antes de depositarlo bajo las tiendas, era contado por los oficiales á presencia del Coronel en Jefe y del Capitán del "Pablito," que tomaban nota de las sumas que se iban recibiendo. ¡Y aquellos soldados republicanos, aquellos defensores de la autonomía é independencia de México, tan vilmente calumniados por los traidores y extranjeros que pretendían uncir á la República al carro triunfante, si bien podrido ya del autócrata francés; aquellos patriotas resignados y sufridos que volvían por los fueros de la patria inicua y villanamente vendida, y á cuya lealtad y honradez se confiara durante quince días el valioso tesoro arrancado á los abismos del mar por su abnegación como ciudadanos, y por su disciplina y obediencia como soldados: aquellos hombres, oídlo bien, vosotros los que aún dudáis lo que es para los republicanos la honra de la patria, *hacía dos semanas que por falta de recursos no tenían ni recibían el prest*, contentándose, subordinados y dóciles, con recibir el *rancho*, que era cuanto la nación podía darles en aquellos días de duras y terribles pruebas! ¹ ¡Ni una mirada codiciosa, ni un suspiro, ni la idea siquiera de que la familia, abandonada y á bastantes leguas de distancia carecía de todo lo necesario! ¡Nada! ¡Los solda-

1 A indicación del Coronel Lazcano, y previa una junta privada que tuvo lugar, los jefes y oficiales cedieron su haber de una quincena, á título de donativo, para medio cubrir el importe de los haberes de la tropa, en tanto que las Administraciones de Rentas remitían fondos al Pagador general.

dos de Sotavento guardaban su propia honra, unida al honor de la patria que defendían!

El Capitán del "Pablito" presenciaba todo esto, más que de admiración lleno de orgullo, participando sus compañeros del mismo afecto que desde luego sintió por soldados y oficiales, sin distinción. Con frecuencia decía que españoles fueron nuestros antepasados, y que la altivez de alma de los antiguos conquistados y la nobleza de corazón de los conquistadores, eran ingénitos en la nueva raza, por cuyas venas corría mezclada la sangre de unos y otros: y á cada paso, á cada episodio que se sucedía, por insignificante que fuera, los abrazos se menudeaban entre salvadores y salvados.

VI

El segundo día, un episodio el más conmovedor, el más honorífico para los republicanos tuvo lugar, al caer la tarde, en la tienda de campaña donde amigablemente departían el Capitán Pig y el Coronel Lazcano. Refería el primero sucesos de familia, acontecimientos de la vida íntima: se complacía en hacer partícipe de sus emociones al que desde el primer día trató con el respeto que se debe al superior, y con la solicitud y cariño de un hijo; y terminó su relato con estas palabras:

—Crea vd., mi Coronel, que no es el valor material de la prenda lo que más me hace sentir que se me haya extraviado, no. Su pérdida en medio de la ruda faena de las bombas, á obscuras, cuando rota y despedazada la ropa desaparecía en girones al impulso del ventarrón, constituye para mí un profundo sentimiento, porque era una antigua prenda de familia que mi padre, por su propia mano, me puso en la corbata el día de mi casamiento.

En estos momentos precisamente, terminaba el último viaje de salvamento del día, y un soldado medio desnudo, y chorreando agua, se presentó á la entrada de la tienda.

—Mi Coronel,—dijo acercándose y mostrando un pedazo

BIBLIOTECA ALFONSO
 DE LA UNIVERSIDAD
 DE LA HABANA

de lienzo, cuyo color no podía adivinarse—aquí tiene vd esto que me he encontrado en el fondo del barco, enredado en un pedazo de cable.

Y entregó al Coronel el lienzo que llevaba en la mano.

El Coronel, sin dejar traslucir la más ligera emoción, y después de examinar el pedazo de tela, se dirigió al Capitán del "Pablito," entregándole á la vez el girón de trapo:

—¿Será esta la prenda cuya pérdida tiene á vd. tan triste? —le preguntó sonriendo con satisfacción.

El Capitán Pig, todo trémulo, balbuciente, pasando la vista alternativamente de la tela al soldado, de éste al Coronel y á los demás que presenciábamos la escena, concluyó por llevarse á los labios un valioso alfiler de brillantes que estaba prendido á aquel hilacho.

¡Era la tira de la pechera de su camisa, rota, deshilachada, haraposa, pero prendida á ella el regalo de bodas de su padre! Besó repetidas veces aquella prenda, aquel recuerdo de familia, humedeciéndolo con sus lágrimas; y luego, orgulloso, altivo, encendida de admiración la mirada, caminando con paso mesurado y firme:

—¡Tómalo!—dijo al soldado con voz reposada—tuyo es, porque yo te lo regalo; y mi padre comprenderá que si tú has sido honrado, por mi parte he sabido apreciar tu honradez.

Y presentó al soldado la valiosa prenda, guardando en su poder el sucio girón de lienzo.

—Gracias, señor;—contestó el soldado, dando un paso atrás con la mayor naturalidad—soy soldado de la Nación, y la Nación me paga mis servicios.

El Capitán, el Piloto, los tripulantes y hasta el pobre ciego llenos de admiración, querían abrazar y abrazaron á aquel hombre, que mentía noblemente cuando decía *que tenía pagado su haber*.....

Siento no recordar, desgraciadamente, el nombre de este soldado, para poderlo decir con el orgullo natural en quien,

como él, formó parte del pequeño cuerpo de ejército que sostuvo la campaña en la costa de Sotavento: sólo tengo una idea vaga, confusa, de que era minatiteco ó acayuqueno, y que pertenecía al "Batallón Ortega."¹

VII

Al cuarto día, hombres, dineros y cuanto constituía el campamento "Los Fierros" se trasladó al de "Conejo," y ocho después rematado el cargamento del buque, el casco, cordaje, etc.,² y mediante las gestiones que cerca del enemigo hizo en Veracruz el Cónsul general de España, allí residente, el Capitán del "Pablito" con sus compañeros de infortunio se trasladaron á aquel puerto para regresar á la madre patria, siendo acompañados para despedirlos en nombre del Coronel, en aguas de Alvarado, por el que esto escribe.

Durante su permanencia en "Conejo," fueron todos objeto de las más expresivas atenciones y finezas por parte de la guarnición que ya conocía su historia; y la despedida fué tan conmovedora y tierna como era consiguiente á hombres que siempre se manifestaron llenos de agradecimiento. Los pocos objetos de uso particular del Capitán que pudieron ser encontrados los repartió como un recuerdo entre sus nuevos camaradas.

El Cónsul general de España solicitó y obtuvo del Coronel Lazcano copia certificada del expediente formado, y luego carta autógrafa suya y de los que tomaron una parte más activa en el salvamento de sus compatriotas para enviar todo á su Gobierno al darle cuenta de lo ocurrido.³

¹ De los que presenciamos ese hecho vive aún en Alvarado el ex-Capitán de caballería D. Felipe Cano, quien puede comprobar su exactitud.

² Desempeñó las funciones de vendutero D. José M. Valdés Tejada, comerciante radicado en Alvarado, interviniendo el Lic. Osio.

³ D. Santiago Muñoz, rico comerciante español de Veracruz, á su regreso de España en 1869 ó 70 me dijo que durante su residencia en Madrid, poco antes de la caída del Gobierno de D^a Isabel II, había leído en la "Gaceta Ofi-

BIBLIOTECA
 DE LA UNIVERSIDAD
 DE ALICANTE

¡Ojalá que estas líneas que escribo lleno de satisfacción, pudieran ser leídas por el mismo Capitán ó por alguno de los tripulantes del "Pablito," porque no dudo que recordarán con grata fruición cuál fué el comportamiento para con ellos, de los soldados republicanos que defendían los derechos y el honor de México en el "Campamento de Conejo."

cial" algo relativo á este suceso, y cuya lectura la hizo por haber visto que en dicho periódico figuraba mi nombre, el del Sr. Coronel Lazcano, el de Zamudio, Cházaro y Osio, con quienes tenía buena amistad, asegurándome que en él se trataba de la concesión de una cruz.

VIAJE A JALAPA.

Intrigas de los descontentos.—Viaje á Jalapa para prevenir al Gobernador del Estado.—El Coronel D. Félix González.—Vacas Gordas.—Asesinatos en masa.—Sucesos de Camarón.

I

CUANDO en medio de vacilaciones y vaivenes que causan vértigos se atraviesa el pedregoso y espumante río de "Tecolápan" en el Cantón de los Tuxtlas, por medio del puente colgante construído con bejucos atados á robustos y seculares árboles que bordan ambas orillas del abismo, y que se conoce con el apropiado nombre de "La Hamaca," se entra desde luego en los montañosos terrenos del "Ubero," bajando penosamente por entre gigantesca arboleda, cuyas raíces enormes están al descubierto dificultando el paso á los caballos, hasta "Mata Vaca" en que ya el terreno es planó y conduce al "Mesón," donde se bifurca el camino: una de estas bifurcaciones conduce á Tlacotalpam atravesando inmensas y magníficas llanuras y praderas sembradas de "hatos" y haciendas; y la otra, la que sigue en línea recta, después de atravesar el imponente y peligroso bosque de "Tulápam" que se antemura á la playa del mar, terrible por las innumerables víboras, serpientes y otros reptiles venenosos, amén de las fieras que en él abundan, desemboca á la expresada playa en el punto titulado "Los Fierros," donde hay plantada una gran cruz de madera, en uno de cuyos brazos se lee pintada con